

# **LA REVOLUCIÓN DE JUNIO**

**KARL MARX Y FRIEDRICH ENGELS**

\* \* \*

**RECOPIACIÓN DE TEXTOS DE LA *NUEVA GACETA RENANA*  
SOBRE LA INSURRECCIÓN DE JUNIO DE 1848 EN PARÍS**

## NOTICIAS DE PARÍS

**Colonia, 24 de junio. 10 de la noche.**

Las cartas con fecha del 23 aún no han llegado. Un mensajero relata que al salir de París ya había estallado la lucha entre el pueblo y la guardia nacional y que a una cierta distancia de París se escuchó un fuerte cañonazo.

*(Nueva Gaceta Renana nº 25, 25 de junio de 1848, edición especial)*

\*\*\*

## NOTICIAS DE PARÍS

**Colonia, 25 de junio, 10 de la noche.**

Hoy tampoco han llegado las cartas del 23; nos han llegado los periódicos parisinos del día 23, que si el correo funcionara regularmente tendrían que haber llegado ayer por la tarde. Las únicas fuentes de las que disponemos, en estas circunstancias, son los confusos y contradictorios informes de los periódicos belgas, y nuestro conocimiento personal de París. Con estos elementos hemos tratado de dar a nuestros lectores la imagen más fiel posible de la insurrección del 23 de junio.

No tenemos tiempo para hacer comentarios. Mañana daremos nuestra opinión detallada así como un informe bastante largo sobre la sesión de las Cortes de París.

*(Nueva Gaceta Renana nº 26, 26 de junio de 1848, edición especial)*

\*\*\*

## DETALLES SOBRE EL 23 DE JUNIO

F.ENGELS

La insurrección es una insurrección puramente obrera. El resentimiento de los obreros se ha desencadenado contra un gobierno y una Asamblea que han frustrado sus esperanzas, que cotidianamente tomaban en interés de la burguesía nuevas medidas contra los obreros, que han disuelto la “Comisión de los Trabajadores” de Luxemburgo<sup>1</sup>, que han reducido los talleres nacionales y han dictado una ley contra las aglomeraciones<sup>2</sup>. Todos los detalles de la insurrección subrayan su carácter resueltamente proletario.

Los Bulevares, la gran arteria de la vida parisina, fueron el escenario de las primeras concentraciones. Desde la puerta de Saint Denis a la calle del Temple, todo estaba abarrotado por una densa muchedumbre. Algunos obreros de los talleres nacionales declararon que no irían a los talleres nacionales de Sologne, otros decían que ellos habían partido en la víspera hacia ese destino, pero que una vez llegados a la barrera<sup>3</sup> de Fontainebleau, habían estado esperando en vano la hoja de ruta y la orden de paso que les habían prometido el día anterior.

Hacia las 10, se apeló a las barricadas. La región este y sudeste de París, a partir del barrio del faubourg<sup>4</sup> Poissonière, se cubrió rápidamente de barricadas. Las calles Saint-Denis, Saint-Martin, Rambuteau y la del faubourg de la Poissonière, y en la orilla izquierda del Sena los accesos a los faubourgs Saint-Jacques y Saint-Marceau, las calles Saint-Jacques, de La Harpe, de la Huchette y los puentes vecinos, se transformaron en campos más o menos fuertemente parapetados. Sobre las barricadas se pusieron banderas con la inscripción “pan o muerte” y también “trabajo o muerte”.

La insurrección, pues, se apoyaba resueltamente en la parte este de la villa, donde predomina la población obrera; primero en los faubourgs Saint-Jacques, Saint-Marceau, Saint-Antoine, del Temple, Saint-Martin y Saint-Denis, en los “*agradables faubourgs*”<sup>5</sup>, y luego en los barrios situados entre estos faubourgs (barrios Saint-Antoine, del Marais, Saint-Martin y Saint-Denis).

---

<sup>1</sup> Bajo la presión de las manifestaciones obreras, el gobierno provisional de la Segunda República proclamó el derecho al trabajo, decretó el establecimiento de talleres nacionales y, el 28 de febrero, la institución de una “Comisión de gobierno para los trabajadores” que estaría presidida por Louis Blanc y encargada de “aconsejar y garantizar al pueblo los frutos legítimos de su trabajo”. La Comisión se reunió en el Palacio de Luxemburgo y el 2 de marzo decretó un límite de diez horas para la jornada de trabajo en París y once en las provincias. Por otra parte, el decreto jamás llegó a aplicarse y el 16 de mayo el gobierno suprimió esta Comisión.

<sup>2</sup> Esta ley preveía una pena de doce años de prisión y la privación de derechos civiles a todo ciudadano que participara en una manifestación armada que no se dispersara a la primera advertencia. Bastaba que hubiera un hombre armado para que se considerara que la manifestación era armada.

<sup>3</sup> Las *barrières* de París eran las puertas de acceso a la ciudad, donde se situaban antiguamente los puestos de aduanas.

<sup>4</sup> Los *faubourgs* eran los arrabales del viejo París. Se puede consultar un plano detallado del París de 1848 aquí: <http://gallicalabs.bnf.fr/ark:/12148/btv1b530300847/f1.zoom.r=.langFR>.

<sup>5</sup> Expresión empleada por Luis-Felipe para ganar algo de popularidad, refiriéndose a los faubourgs poblados esencialmente por obreros y situados en el este de París.

Tras las barricadas vinieron los ataques. El puesto del bulevar Bonne-Nouvelle, que en todas las revoluciones siempre es el primero en tomarse al asalto, estaba ocupado por la guardia móvil<sup>6</sup>. Fue desarmado por el pueblo.

Pero poco después, la guardia nacional<sup>7</sup> de los barrios del oeste se acercó para liberarlo. Reconquistó el puesto. Un segundo destacamento ocupó la acera sobrealzada situada frente al teatro del Gimnasio, que domina gran parte de los Bulevares. El pueblo trató de desarmar a los puestos avanzados; sin embargo, de momento ninguno de los dos bandos empleaba las armas.

Finalmente llegó la orden de ocupar la barricada que cortaba el bulevar en la puerta de Saint-Denis. La guardia nacional avanzó, con el comisario de policía al frente; se parlamentó; se produjeron algunos disparos, no se sabe de qué lado, y el fuego se generalizó rápidamente.

El puesto del bulevar Bonne-Nouvelle no tardó en ponerse a disparar a su vez; un batallón de la segunda legión que ocupaba el bulevar Poissonière también avanzó, con los fusiles cargados con balas. El pueblo estaba rodeado por todas partes. Desde sus posiciones ventajosas y en parte seguras, la guardia nacional abrió un violento fuego cruzado sobre los obreros. Estos se defendieron durante media hora; finalmente se tomó el bulevar Bonne-Nouvelle y las barricadas, hasta la puerta de Saint-Martin. Aquí la guardia nacional, también hacia las once, se hizo con las barricadas del lado de la calle del Temple y ocupó el acceso al bulevar.

Los héroes que tomaron al asalto estas barricadas eran los burgueses del segundo distrito que se extiende desde el Palacio ex-Real hasta el final del bulevar Montmartre. Allí es donde viven los ricos *boutiquiers*<sup>8</sup> de la calle Vivienne, de la calle Richelieu y del bulevar de los Italianos, los grandes *banquiers* de la calle Laffitte y de la calle Bergère, los regalones *rentiers* de la Chaussée d'Antin. Allí es donde viven Rothschild y Fould, Rougemont de Lowemberg y Ganneron. Allí es, en pocas palabras, donde está la Bolsa, Tortoni<sup>9</sup> y todo lo relacionado con él.

Estos héroes, que eran los primeros y los más a menudo amenazados por la república roja, fueron también quienes estuvieron en primera fila sobre el terreno. Es curioso que *la primera barricada del 23 de junio la tomaran los vencidos del 24 de febrero*. Con sus tres mil hombres, avanzaron; cuatro compañías tomaron a la carga un ómnibus volcado. Los insurrectos, mientras, parecían retroceder de nuevo hacia la puerta de Saint-Denis, pues hacia la medianoche el general Lamoricière hizo que avanzaran fuertes destacamentos de guardias móviles, infantería de línea, caballería y dos cañones para tomar una sólida barricada (junto a la segunda legión de la guardia nacional del segundo distrito). Los insurrectos pusieron a un pelotón de guardias móviles en retirada.

La batalla del bulevar Saint-Denis fue la señal de *engagement*<sup>10</sup> para todos los barrios del este de París. Más de 30 insurrectos cayeron heridos o muertos. Los furiosos obreros juraron atacar esa misma noche, por todas partes, y combatir hasta la muerte “a la guardia municipal<sup>11</sup> de la República”.

---

<sup>6</sup> La guardia móvil la creó un decreto del gobierno provisional el 25 de febrero para luchar contra las masas populares revolucionarias. Estaba compuesta sobre todo por “lumpenproletarios” y sirvió para reprimir la insurrección de junio.

<sup>7</sup> La guardia nacional era en 1848 una especie de milicia civil encargada de mantener el “orden”.

<sup>8</sup> Tenderos.

<sup>9</sup> El Tortoni fue un antiguo café de París situado en la esquina del bulevar de los Italianos con la calle Taitbout. Era asiduamente frecuentado por los políticos y los hombres de letras más famosos. Desapareció hacia 1887.

<sup>10</sup> Literalmente “señal de intervención”, o “señal de combate”.

A las once aún se combatía en la calle Planche-Mibray (prolongación de la calle Saint-Martin hacia el Sena), donde murió un hombre.

En la región de les Halles, calle Rambuteau, etc., también se producían choques sangrientos. Cuatro o cinco muertos quedaron sobre el terreno.

A la una se produjo un combate en la calle Paradis-Poissonière; la guardia nacional hizo fuego; no se conoce el resultado. En el faubourg Poissonière, tras un sangriento encuentro, se desarmó a dos oficiales de la guardia nacional.

La calle Saint-Denis se limpió mediante cargas de caballería.

En el faubourg Saint-Jacques, se combatía de madrugada con gran violencia. En la calle Saint-Jacques y en la calle de La Harpe, plaza Maubert, se asaltaron las barricadas con diverso resultado, y se *recurrió a la metralla*. En el faubourg Montmartre las topas también usaron el cañón.

Los insurrectos retrocedían por todas partes. El Hôtel de Ville<sup>12</sup> continuaba libre; tras tres horas de insurrección, ésta se redujo a los faubourgs y el Marais.

Por otra parte, se veían pocos guardias nacionales *sin uniforme* (es decir, obreros sin dinero para procurarse un uniforme) armados. En cambio, sí que se veía a algunos con *armas de lujo*, fusiles de caza, etc.,... Los guardias nacionales montados (que siempre han sido los jóvenes de las familias más ricas) iban a pie y se sumaban a las filas de la infantería. En el bulevar Poissonière, los guardias nacionales se dejaban desarmar tranquilamente por el pueblo y huían.

A las cinco aún duraba la batalla, cuando un aguacero la interrumpió bruscamente.

Sin embargo, en algunos lugares aislados se combatió hasta horas avanzadas. A las nueve, aún se escuchaban descargas de fusil en el faubourg Saint-Antoine, centro de la población obrera.

Hasta ese momento la lucha no se había desplegado con toda la violencia de una revolución decisiva. La guardia nacional, excepto la segunda legión, parecía vacilar casi siempre a la hora de atacar las barricadas. No hace falta decir que los obreros, por más furiosos que estuvieran, se limitaban a defender sus barricadas.

Así fue como se despidieron por la noche, después de concertar un *rendez-vous*<sup>13</sup> para la mañana siguiente. La primera jornada de combate no aportó al gobierno ninguna ventaja; los insurrectos, que se habían retirado, podían volver a ocupar por la noche los puestos que habían perdido, y efectivamente eso fue lo que hicieron. En cambio, el gobierno tenía dos factores importantes en su contra: había empleado la metralla y no había vencido al motín el primer día. Pero si se emplea la metralla y se deja pasar una noche, que ya no es una noche de victoria sino de simple interrupción de las hostilidades, *entonces es cuando cesa el motín y comienza la revolución*.

(*Nueva Gaceta Renana* nº 26, 26 de junio de 1848, edición especial)

---

<sup>11</sup> La guardia republicana la creó el gobierno el 16 de mayo de 1848, inquieto por los acontecimientos revolucionarios de la víspera. Contaba con 2.600 hombres, estaba comandada por oficiales reaccionarios y dependía del prefecto de policía.

<sup>12</sup> Sede del ayuntamiento de París.

<sup>13</sup> Cita.

# NOTICIAS DE PARÍS

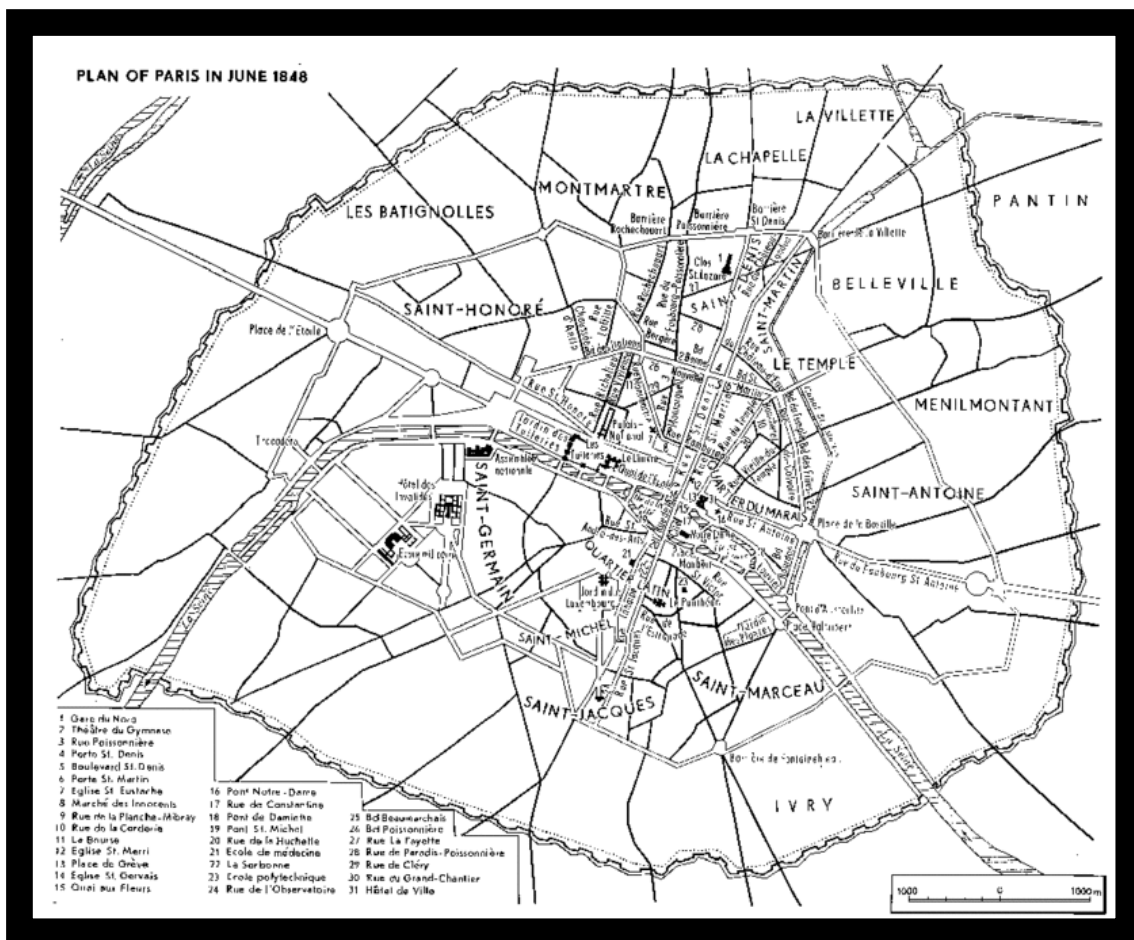
Colonia, 26 de junio.

Las noticias que nos acaban de llegar de París ocupan tanto espacio que nos vemos obligados a suprimir todos los artículos de comentarios.

Así pues, únicamente un par de palabras para nuestros lectores: *La dimisión de Ledru-Rollin, de Lamartine y de varios ministros, la dictadura militar de Cavaignac trasplantada de Argelia a París, Marrast dictador civil, París bañada en sangre, la insurrección que se transforma en la mayor revolución jamás conocida, la revolución del proletariado contra la burguesía*: he aquí las últimas noticias de París. Tres días de esta *revolución de Junio*, de dimensiones gigantescas, no han sido suficientes, como fue el caso de la *revolución de julio y la de febrero*; pero *la victoria del pueblo es más segura que nunca. La burguesía francesa ha hecho lo que los reyes de Francia nunca se atrevieron a hacer: así, ha sido ella misma la que ha sellado su suerte. Sólo tras este segundo acto de la revolución francesa puede empezar la tragedia europea.*

(Nueva Gaceta Renana nº 27, 27 de junio de 1848, pág. 1)

\*\*\*



## EL 23 DE JUNIO

F. ENGELS

Aún tenemos gran cantidad de detalles que narrar sobre la batalla del 23 de junio. El material del que disponemos es inagotable; no obstante, la falta de tiempo nos impide dar más que los aspectos más esenciales y característicos.

La revolución de junio ofrece el espectáculo de un encarnizado combate jamás visto antes ni en París ni en el resto del mundo. De todas las revoluciones que han sucedido hasta ahora, es en las jornadas de marzo en Milán donde se ha producido la batalla más apasionada. Una población de 170.000 almas, casi desarmada, batió a un ejército de entre 20 y 30 mil hombres. Pero las jornadas de marzo en Milán son un juego de niños comparado con las jornadas de junio en París.

Lo que distingue a la revolución de junio de todas las revoluciones que han sucedido hasta ahora es *la ausencia total de ilusión y de entusiasmo*.

El pueblo no se dirige a las barricadas como en febrero, cantando el *Morir por la patria*; los obreros del 23 de junio luchan por su existencia, la patria ha perdido todo significado para ellos. La *Marsellesa* y todos los recuerdos de la Gran Revolución han desaparecido. Pueblo y burgueses presienten que han entrado en una revolución más grande que la de 1789 y 1793.

*La revolución de junio es la revolución de la desesperación*. Se combate con un rencor silencioso, con la sombría sangre fría del desesperado; los obreros saben que *la lucha es a muerte*, y ante la terrible gravedad de esta lucha, el alegre *esprit* francés enmudece.

La historia no ofrece más que dos momentos parecidos a la lucha que probablemente se prosigue aún en este preciso momento en París: la guerra de los esclavos de Roma y la sublevación de Lyon de 1834. La vieja divisa lionesa: vivir trabajando o morir combatiendo, ha resurgido de golpe tras catorce años y ha sido inscrita en las banderas.

La revolución de junio es la primera que divide realmente a toda la sociedad en dos grandes campos enemigos, representados por el este y el oeste de París. La unidad de la revolución de febrero ha desaparecido, esa concordia poética, repleta de fascinantes ilusiones, llena de hermosas mentiras, tan dignamente representada por Lamartine, el traidor con el pico de oro. Hoy la implacable gravedad de la realidad destroza todas las falsas promesas del 25 de febrero. Hoy los combatientes de febrero luchan entre sí y, cosa antes nunca vista, nadie es neutral, todo hombre capaz de usar las armas participa realmente en el combate, *en la barricada o ante la barricada*.

Los ejércitos que se enfrentan en las calles de París son tan potentes como los que participaron en la Batalla de las Naciones de Leipzig. Sólo esto ya demuestra la enorme importancia que tiene la revolución de junio.

Pero empecemos a describir el propio combate.

Según las noticias que nos llegaron ayer, pensábamos que las barricadas se levantaron sin gran coherencia. Pero los informes detallados de hoy dicen lo contrario. Jamás las obras defensivas de los obreros se ejecutaron con semejante sangre fría y con tanto método.

La ciudad se dividía en dos campos. La línea de demarcación partía del extremo noreste de la ciudad e iba de Montmartre hasta la puerta de Saint-Denis, desde allí bajaba por la calle Saint-Denis y atravesaba la Île de la Cité, bordeando la calle Saint-Jacques hasta la Barrera<sup>14</sup>. Todo lo que se situaba al este de esta línea estaba ocupado y fortificado por los obreros; desde la parte oeste la burguesía lanzaba sus ataques y recibía sus refuerzos.

Al alba, el pueblo empezó a levantar barricadas en silencio. Eran más altas y sólidas que nunca. Sobre la barricada situada en la entrada del faubourg Saint-Antoine ondeaba una inmensa bandera roja.

El bulevar Saint-Denis estaba fuertemente atrincherado. Las barricadas del bulevar, de la calle de Cléry y de los inmuebles vecinos, transformados en verdaderas fortalezas, formaban un completo sistema de defensa. Aquí fue donde se desencadenó, como relatábamos ayer, el primer combate importante. El pueblo se batió con un indecible desprecio a la muerte. La barricada de la calle de Cléry sufrió un ataque por el flanco por parte de un fuerte destacamento de la guardia nacional. La mayor parte de los defensores de la barricada se retiran. Sólo siete hombres y dos mujeres, dos jóvenes y hermosas costureras, permanecen en su puesto. Uno de los siete se sube a la barricada con la bandera en la mano. El resto abre fuego. La guardia nacional replica, el abanderado cae. Entonces una de las costureras, una hermosísima chica vestida con mucho gusto, con los brazos desnudos, agarra la bandera, sube a la barricada y marcha sobre la guardia nacional. El tiroteo continúa, y los burgueses de la guardia nacional abaten a la joven chica cuando ya está al alcance de sus bayonetas. La otra costurera se lanza sin tardanza hacia adelante, coge la bandera, levanta la cabeza de su compañera, y al hallarla muerta, furiosa, se pone a lanzar piedras a la guardia nacional. Ella también cae bajo las balas de los burgueses. El fuego cada vez es más intenso. Se dispara desde las ventanas, desde las barricadas, las filas de la guardia nacional se dispersan, finalmente llegan refuerzos y toman la barricada al asalto. De los siete defensores de la barricada sólo uno quedaba aún con vida: fue desarmado y hecho prisionero. Fueron los *lions* y los lobos de la Bolsa de la segunda legión los autores de esta hazaña contra siete obreros y dos costureras.

Tras la unión de ambos grupos y la toma de la barricada hay un momento de angustioso silencio. Pero no tarda en romperse. La valiente guardia nacional abre un vivísimo fuego de pelotón sobre la muchedumbre desarmada y tranquila que ocupa una parte del bulevar. Se dispersan aterrorizados. Pero no se tomaron las barricadas. Sólo cuando llegó Cavaignac en persona con la infantería de línea y la caballería, tras una larga batalla, hacia las tres, pudo tomarse el bulevar hasta la puerta de Saint-Martin.

En el faubourg Poissonnière se levantaban varias barricadas, sobre todo en la esquina de la avenida Lafayette, donde viarios inmuebles servían también de fortaleza a los insurrectos. Un oficial de la guardia nacional les comandaba. El 7º regimiento de infantería ligera, la guardia móvil y la guardia nacional se lanzaron contra ellos. El combate duró una media hora, finalmente las tropas se llevaron la victoria, pero sólo tras haber sufrido cerca de 100 heridos y muertos. Este combate tuvo lugar hacia las tres de la tarde.

Ante el Palacio de Justicia, también se levantaron barricadas en la calle de Constantine y las calles vecinas, así como en el puente de Saint-Michel, donde ondeaba una bandera roja. Tras un combate bastante largo, estas barricadas fueron a su vez tomadas.

---

<sup>14</sup> Se trata de la barrera d'Enfer (hoy plaza Denfert), que era el límite de París al sur.



El dictador Cavaignac dispuso su artillería en el puente de Notre-Dame. Desde allí bombardeó la calle Planche-Mibray, la calle de la Cité, y le fue fácil poner a su artillería en batería contra las barricadas de la calle Saint-Jacques.

Ésta última calle estaba cortada por numerosas barricadas, y las casas se habían transformado en verdaderas fortalezas. Allí sólo podía ser eficaz la artillería, y Cavaignac no vaciló un instante en emplearla. El tronar de los cañones resonó toda la tarde. La metralla barría las calles. A las 7 de la tarde sólo quedaba en pie una barricada. El número de muertos era muy elevado.

También se dispararon cañones en el puente de Saint-Michel y en la calle Saint-André-des-Arts. En el extremo noreste de la ciudad, en la calle Château-Landon, donde un destacamento de la tropa estaba en peligro, también se demolió una barricada a cañonazos.

Por la tarde el combate se hacía cada vez más intenso en los faubourgs del nordeste. Los habitantes de los faubourgs de la Villette, de Pantin, etc., acudieron en ayuda de los insurrectos. Una gran cantidad de barricadas se reconstruían sin cesar.

En la Cité, una compañía de la guardia republicana, con el pretexto de querer confraternizar con los insurrectos, logró deslizarse entre dos barricadas y abrir fuego. El pueblo, furioso, se precipitó sobre los traidores y les abatió uno por uno. Apenas veinte de ellos lograron escapar.

La violencia del combate aumentaba en todas partes. Mientras hubo luz, se disparó con el cañón a cualquier parte; luego se limitaron al fuego de mosquetón, que continuó hasta avanzadas horas de la noche. A las 11 aún sonaba la generala por todo París, y a media noche se seguían intercambiando disparos por la zona de la Bastilla. La plaza de la Bastilla y todos sus accesos estaban completamente en manos de los insurrectos. El faubourg Saint-Antoine, el foco de sus fuerzas, estaba fuertemente atrincherado. En el bulevar, desde la calle Montmartre hasta la del Temple, la caballería, la infantería, la guardia nacional y la guardia móvil mantenían cerradas las filas. A las 11 de la noche ya se contaban más de 1.000 muertos y heridos.

Así transcurrió el primer día de la revolución de junio, un día sin igual en los anales revolucionarios de París. Los obreros de París lucharon solos contra la burguesía armada, contra la guardia móvil, la guardia republicana reorganizada y las tropas de línea de todo tipo de armas. Soportaron el combate con valentía ejemplar, sólo comparable a la brutalidad también ejemplar de sus adversarios. Uno se hace indulgente con los Hüser, Radetzky y Windischgrätz después de ver el autentico entusiasmo con el que la burguesía parisina acoge las masacres organizadas por Cavaignac.

En la noche del 23 al 24, la Sociedad de los Derechos del Hombre<sup>15</sup>, que se había recompuesto el 11 de junio, decidió emplear la insurrección en provecho de la *bandera roja* y por tanto participar en ella. Así pues, celebró una reunión, adoptó las medidas necesarias y nombró dos comités permanentes.

(*Nueva Gaceta Renana* nº 28, 28 junio de 1848, pág. 1 y 2)

---

<sup>15</sup> “Numerosas secciones de las últimas sociedades secretas se entendieron rápidamente por su parte para fundar un Club o Sociedad de los Derechos del Hombre, cuyo centro de reunión sería el Conservatorio de las Artes y los Oficios. [...] La Sociedad de los Derechos del Hombre tenía prestigio entre los obreros revolucionarios. A través de sus filiales, de sus delegados en los barrios, ejerció una indudable influencia. Barbés [...] se convirtió en uno de los animadores de la Sociedad de los Derechos del Hombre junto a los viejos conspiradores Napoleón Lebon y Villain.” (Jean Dautry, *1848 y la Segunda República*).

## EL 24 DE JUNIO

F. ENGELS

París fue ocupada militarmente durante toda la noche. Nutridos piquetes de tropas se apostaron en las plazas y bulevares.

A las cuatro de la mañana se tocó a generala. Un oficial y varios guardias nacionales entraron en todas las casas buscando a los hombres de su compañía que no se habían presentado voluntariamente.

En ese mismo momento, el fragor de las salvas de los cañones sonó de nuevo; en los alrededores del puente de Saint-Michel, que mantiene comunicados a los insurrectos de la ribera izquierda con los de la Cité, es donde aquel era más violento. El general Cavaignac, investido con poderes dictatoriales por la mañana, ardía en deseos de ejercerlos contra el motín. En la víspera sólo se usó la artillería de manera excepcional, y la mayoría de las veces sólo se disparaba metralla; pero hoy la artillería se pondría en todas partes en batería ya no sólo contra las barricadas, sino también contra las casas; y no se contentaban con disparar metralla, sino que se disparaba con balas, granadas y cohetes Congreve.

En lo alto del faubourg Saint-Denis, se entabló un violento combate desde por la mañana. En los alrededores de la estación del Norte, los insurrectos ocuparon una casa en construcción y varias barricadas. La primera legión de la guardia nacional atacó, aunque sin lograr el menor resultado. Agotó sus municiones y sufrió cerca de cincuenta muertos y heridos. A duras penas logró conservar su posición hasta que llegó la artillería (a las 10), que arrasó la casa y las barricadas. Las tropas ocuparon las vías férreas que partían de la estación del Norte. En toda esta región (llamada Huerta de Saint-Lazare y que la *Kölnische Zeitung* transforma en el "corral de Saint-Lazare"), el combate aún duró mucho tiempo y se desarrolló con gran ensañamiento. "Es una verdadera carnicería", escribe el corresponsal de un periódico belga. En la barrera Rochechouart y en la de la Poissonnière, se levantaron sólidas barricadas; se volvió a parapetar la avenida de Lafayette, que no cedió ante las balas hasta por la tarde.

En la calle Saint-Martin, Rambuteau y Grand-Chantier las barricadas no se pudieron tomar más que con ayuda de los cañones.

El café Cuisinier, frente a la puerta de Saint-Michel, fue demolido a cañonazos.

Pero el combate principal tuvo lugar por la tarde, hacia las tres, en el paseo de las Fleurs, donde está la conocida tienda de confección "A la Belle Jardinière", que estaba ocupada por 600 insurrectos y se había transformado en una fortaleza. La artillería y la infantería de línea atacaron. Un flanco de la fachada cayó con estruendo. Cavaignac, que estaba allí mismo dirigiendo el fuego, conminó los insurrectos a que se rindieran, de lo contrario les pasaría a todos a cuchillo. Los insurrectos rechazaron esta invitación. El cañoneo se reinició y finalmente se disparó sobre el edificio cohetes incendiarios y obuses. La casa quedó completamente destruida, ochenta insurrectos fueron sepultados bajo los escombros.

En el faubourg Saint-Jacques, cerca del Panteón, los obreros también se habían atrincherado por todas partes. Hubo que tomarlo casa por casa, como en Zaragoza<sup>16</sup>. Los esfuerzos del dictador Cavaignac por tomar al asalto estas casas eran tan infructuosos que el brutal soldado de Argelia declaró que las prendería fuego si los ocupantes no se rendían.

En la Cité, jóvenes muchachas disparaban desde las ventanas contra los soldados y la guardia civil. Allí también tuvieron que echar mano a los obuses para lograr algún resultado.

El 11º batallón de la guardia móvil, que quería pasarse a los insurrectos, fue masacrado por las tropas y la guardia nacional. O al menos eso se dice.

Hacia mediodía, la insurrección tenía una clara ventaja. Todos los faubourgs, Batignolles, Montmartre, la Chapelle y la Villette, resumiendo, toda la periferia de París, desde Batignolles hasta el Sena, y la mayor parte de la orilla izquierda, estaban en sus manos. Los insurrectos habían conquistado 13 cañones, de los que no hacían uso. En el centro, por la Cité y abajo de la calle Saint-Martin, marchaban sobre el Hôtel de Ville, protegido por una masa de tropas. Y mientras, en la Cámara, después de que Bastide declarara que a pesar de todo probablemente en una hora lo tomarían los insurrectos, en medio del estupor que provocó esta noticia, se aprobó la dictadura y el estado de sitio. Apenas hecho esto, Cavaignac empezó a recurrir a los medios más extremos y brutales que jamás se habían empleado en una ciudad civilizada, unos medios que el propio Radetzky vaciló en emplear en Milán. El pueblo, una vez más, fue demasiado magnánimo. Si hubiera respondido a los cohetes incendiarios y a los obuses con incendios, habría vencido aquella misma tarde. Pero no pensaba emplear las mismas armas que sus adversarios.

La munición de los insurrectos era en su mayor parte fulmicotón fabricado en grandes cantidades en el faubourg Saint-Jacques y en el Marais. En la plaza Maubert era donde se fundían las balas.

El gobierno no paraba de recibir ayuda. Estuvieron llegando tropas a París durante toda la noche; la guardia nacional llegaba de Pontoise, Rouen, Meulan, Mantes, Amiens y Le Havre; de Orleans llegaron más tropas, de Arras y Douai, artillería y zapadores, y también de Orleans un nuevo regimiento. El 24 por la mañana, 500.000 cartuchos y doce piezas de artillería llegaron a la ciudad desde Vincennes; pero por otro lado los ferroviarios de la estación del Norte arrancaron los raíles entre París y Saint-Denis para impedir que llegaran nuevos refuerzos.

Estas fuerzas conjugadas y esta brutalidad inaudita lograron hacer retroceder a los insurrectos en la tarde del 24.

¡La guardia nacional se batía con tal rabia, estaba tan profundamente convencida de que en este combate se jugaba su propia existencia, que Cavaignac no era el único que *quería prender fuego* a todo el barrio del Panteón!

Las tropas asaltantes se habían dividido en tres sectores principales: la puerta de Saint-Denis, donde comandaba el general Lamorcière, el Hôtel de Ville, donde se encontraba el general Duvivier con 14 batallones, y la plaza de la Sorbona, donde el general Damesme combatía a los insurrectos del faubourg Saint-Jacques.

---

<sup>16</sup> Referencia a los conocidos sitios de Zaragoza (junio-agosto y diciembre de 1808) durante la invasión de Napoleón a España. Los defensores no capitularon hasta febrero de 1809.

Hacia el mediodía, se tomaron las vías de acceso a la plaza Maubert y se puso cerco a la propia plaza. A la una cayó. ¡También cayeron cincuenta hombres de la guardia móvil! En ese preciso momento, tras un cañoneo violento y continuo, se tomó el Panteón, o más bien se rindió. Los mil quinientos insurrectos que estaban allí atrincherados capitularon –probablemente tras las amenazas de Cavaignac, y de los burgueses que echaban espumarajos de rabia, de convertir todo el barrio en pasto de las llamas.

Al mismo tiempo, los “defensores del Orden” seguían avanzando sobre los bulevares y tomaban las barricadas de las vías vecinas. En la calle del Temple, los obreros fueron rechazados hasta el cruce con la calle Corderie; en la calle Boucherat también se combatía, al igual que en el otro lado del bulevar, en el faubourg del Temple. En la calle Saint-Martin aún se escuchaban algunos disparos de fusil; en un extremo de Saint-Eustache aún se levantaba una barricada.

Por la tarde, hacia las 7, el general Lamorcière recibió el refuerzo de dos batallones de la guardia nacional de Amiens, que no tardó en emplear en el sitio de las barricadas que había tras el Château d’Eau. El faubourg Saint-Denis estaba a la sazón libre y en calma, así como casi toda la orilla izquierda del Sena. Los insurrectos estaban cercados en una parte del Marais y del faubourg de Saint-Antoine. Estos dos barrios están separados por el bulevar de Beaumarchais y el canal Saint-Martin, situado detrás y al que las tropas tenían libre acceso.

El general Damesme, comandando la guardia móvil, fue alcanzado por una bala en la pierna cerca de la barricada, en la calle de la Estrapade. La herida no era peligrosa. Los diputados Bixio y Dornès tampoco estaban tan gravemente heridos como se pensó en un principio.

La herida del general Bedeau tampoco era grave.

A las nueve, el faubourg Saint-Jacques y el faubourg Saint-Marceau estaban, por decirlo así, tomados. La batalla había sido de una violencia extrema. Ahora era el general Bréa el que comandaba ese sector.

El general Duvivier, en el Hôtel de Ville, tuvo menos éxito. Pero allí también fueron rechazados los insurgentes.

El general Lamorcière había despejado los faubourgs Poissonnière, Saint-Denis y Saint-Martin hasta las barreras, tras una resistencia encarnizada. El único punto que aún conservaban los obreros era la Huerta de Saint-Lazare; se habían atrincherado en el Hospital Luis-Felipe.

El presidente de la Asamblea Nacional comunicó esta noticia hacia las nueve y media de la noche. Pero tuvo que retractarse varias veces, obligado a reconocer que el fuego aún era violento en el faubourg Saint-Martin.

La noche del 24 la situación era la siguiente:

Los insurrectos seguían siendo dueños de alrededor de la mitad del terreno que ocupaban la mañana del 23. Este terreno representaba los barrios este de París: el faubourg Saint-Antoine, el faubourg del Temple, el faubourg Saint-Martin y el Marais. La Huerta de Saint-Lazare y algunas barricadas a lo largo del Jardín des Plantes eran sus puestos avanzados.

El resto de París estaba en manos del gobierno.

Lo más sorprendente de este combate desesperado, es la rabia con la que luchan los “defensores del Orden”. Los que antes tenían nervios tan delicados, los que antes se mostraban tan sensibles por cada gota de “sangre ciudadana”, aquellos que tenían accesos de sentimentalismo cuando se trataba de la muerte de los guardias municipales del 24 de febrero, estos burgueses abatían a los obreros como a bestias salvajes. Ni entre las filas de la guardia nacional ni en la Asamblea Nacional se escuchó una palabra de piedad, de conciliación, ningún tipo de sentimentalismo, sino lo contrario, un odio cargado de violencia, una fría rabia contra los obreros en revuelta. La burguesía lleva a cabo una guerra de exterminio contra ellos, y es plenamente consciente de ello. Ya logren por un instante la victoria o sucumban de inmediato, en cualquier caso los obreros se vengarán de ella terriblemente. Tras un combate como el de las tres jornadas de junio, ya sólo queda el *terrorismo*, proceda de un partido o de otro.

Damos aquí alguna información más, sacada de la carta de un capitán de la guardia republicana sobre los acontecimientos de los días 23 y 24: “Le escribo mientras crepitan los mosquetones y los cañones truenan. A las 2, tomamos tres barricadas en un extremo del puente de Notre-Dame; luego marchamos hacia la calle Saint-Martin y la recorrimos de una punta a otra. Al llegar al bulevar, vemos que está abandonado y desierto como si fueran las 2 de la mañana. Subimos al faubourg del Temple; antes de llegar al cuartel hacemos un alto. A doscientos pasos se levanta una formidable barricada, apoyada por otras más y defendida por unos 2.000 hombres. Parlamentamos con ellos durante dos horas. En vano. Hacia las 6 llegó por fin la artillería; entonces fueron los insurrectos los primeros en abrir fuego.

“Los cañones respondieron y hasta las 9 las ventanas y las tejas estuvieron volando en pedazos bajo el tronar de las baterías; es un fuego espantoso. La sangre mana a chorros, mientras estalla una terrible tormenta. El pavimento se tiñe del rojo de la sangre hasta perderse de vista. Mis hombres caen bajo las balas de los insurrectos, que se defienden como leones. Veinte veces llamamos al asalto y veinte veces somos rechazados. En número de muertos es inmenso, y el número de heridos es aún mayor. A las nueve tomamos la barricada con las bayonetas. Hoy, 24 de junio, aún estamos en pie a las 3 de la mañana. El cañón no deja de tronar. El Panteón es el objetivo de los disparos. Estoy en el cuartel. Custodiamos a los *prisioneros*, que no dejan de llegar. Hay muchos heridos entre ellos. *Algunos son inmediatamente fusilados*. He perdido 53 hombres de 112.”

(*Nueva Gaceta Renana* nº 28, 28 junio de 1848, pág. 2)

\*\*\*

## EL 25 DE JUNIO

F. ENGELS

Día tras día, la violencia, el ensañamiento y la rabia del combate aumentaban. La burguesía se volvía cada vez más fanática con los insurrectos a medida en que, en lo inmediato, su brutalidad era cada vez menos efectiva, a medida en que se iba agotando en la lucha, en las rondas nocturnas, los vivac, y se acercaba su victoria final.

La burguesía declaró que los obreros no eran enemigos corrientes a los que hay que vencer, sino *enemigos de la sociedad*, a los que hay que exterminar. Los burgueses difundieron la absurda idea de que eran los propios obreros quienes habían quitado la razón a la insurrección, pues no se trataba, decían, más que de pillaje, de incendios y asesinatos; una pandilla de bandidos a los que hay que aplastar como a insectos. Y no obstante, durante tres días, los insurrectos ocuparon una gran parte de la ciudad y se comportaron con la mayor corrección. Si hubieran empleado los mismos violentos medios que los burgueses y sus lacayos comandados por Cavaignac, París estaría en ruinas, pero habrían triunfado.

La barbarie con la que han procedido los burgueses en esta lucha resalta en cada detalle. Dejando al margen la metralla, los obuses y los cohetes incendiarios, se sabe que *en la mayor parte de las barricadas tomadas al asalto, no hubo cuartel*. Los burgueses abatieron sin excepción a todo el que se les ponía por delante. La tarde del 24, en la alameda del Observatorio, más de 50 insurrectos prisioneros fueron fusilados sin ningún tipo de proceso. "Es una guerra de exterminio", clama un corresponsal del *Indépendance belge*, un periódico burgués. En todas las barricadas reinaba la convicción de que todos los insurrectos, sin excepción, serían masacrados. Cuando en la Asamblea Nacional Larochejaquelein dijo que había que hacer algo para luchar contra ese estado de ánimo, los burgueses no le dejaron acabar y armaron tal alboroto que el presidente tuvo que cubrirse e interrumpir la sesión. Más tarde, cuando el Sr. Sénard (véase en éste número el relato de la sesión de la Asamblea) quiso pronunciar algunas frases hipócritas que hablaban de indulgencia y conciliación, el jaleo se reinició. Los burgueses no querían ni oír hablar de miramientos. Aunque se arriesgaban a perder parte de sus bienes por los bombardeos, estaban decididos a acabar de una vez por todas con los enemigos del Orden, con los saqueadores, los bandidos, los incendiarios, los comunistas.

Pero aun actuando de ese modo, carecían de ese heroísmo que sus periódicos se esforzaban en atribuirles. Sabemos por lo que se ha dicho en la sesión de hoy de la Asamblea Nacional que la guardia nacional se quedó paralizada de terror cuando estalló la insurrección; los informes de todos los diarios de las más diversas tendencias muestran claramente que, a pesar de todas las frases pomposas, el primer día la guardia nacional apenas asomó la cabeza; y el segundo y el tercero Cavaignac tuvo que sacarles de la cama con un cabo y cuatro hombres y obligarles a combatir. El odio fanático de los burgueses contra los obreros insurrectos no les ayudaba a superar su cobardía natural.

En cambio, los obreros sí que se batieron con una valentía sin igual. Cada vez en peores condiciones para reponer sus pérdidas, cada vez más rechazados por unas fuerzas superiores, no desfallecieron ni por un instante. Desde la mañana del 25 se vieron obligados a reconocer que las *chances* de victoria eran claramente desfavorables.

Afluían nuevas tropas desde todas las regiones, en masas sucesivas: importantes destacamentos de la guardia nacional de las barriadas y de las ciudades más alejadas marchaban sobre París. El 25, los efectivos de tropas de línea en combate superaban en más de 40.000 hombres a la guarnición habitual; la guardia móvil vino en socorro con entre 20 y 25.000 hombres, más la guardia nacional de París y provincias, a las que venían a sumarse miles de hombres de la guardia republicana. En esta fecha, el conjunto de fuerzas armadas en lucha contra la insurrección ciertamente ascendía a 150 o 200.000 hombres; las fuerzas de los obreros como mucho llegaban a una cuarta parte, tenían menos munición y absolutamente ninguna dirección militar ni cañones utilizables. Pero se batían en silencio y desesperadamente ante unas fuerzas infinitamente superiores. En olas sucesivas, las tropas se precipitaban por las brechas que la artillería pesada abría en las barricadas; sin lanzar un solo grito, los obreros les acogían combatiendo en todas partes hasta el último hombre, antes de abandonar una barricada a las manos de los burgueses. En la colina de Montmartre, los insurrectos gritaban a los habitantes: o nos hacen pedazos o nosotros les haremos pedazos a ellos; pero no cederemos, y rogad a Dios por que logremos la victoria, pues de lo contrario prenderemos fuego a todo Montmartre. Esta amenaza, que evidentemente no se ejecutó, pasa naturalmente por un “proyecto abominable”, ¡mientras que los obuses y los cohetes incendiarios de Cavaignac son “hábilis medidas militares a las que todos rinden admiración”!

La mañana del 25, los insurrectos ocupaban las siguientes posiciones: la Huerta de Saint-Lazare, el faubourg Saint-Antoine y el del Temple, el Marais y el barrio de Saint-Antoine.

La Huerta de Saint Lazare (donde antaño había un monasterio) es una gran extensión de terreno, en parte construida, en parte cubierta de casas en construcción, con las calles trazadas, etc. La estación del Norte está justamente en el centro. En este barrio, donde abundaban los edificios dispuestos irregularmente y que además contenía material de construcción, los insurrectos habían levantado una poderosa fortaleza. El Hospital de Luis-Felipe, en construcción, era su centro, y habían levantado temibles barricadas, descritas por testigos oculares como inexpugnables. Detrás estaba el muro que rodeaba la ciudad que ellos ocupaban. Desde allí, sus trincheras se extendían hasta la calle Rochechouart o la región de las barreras. Las barreras de Montmartre estaban fuertemente defendidas, Montmartre estaba completamente ocupado. Los cuarenta cañones que tronaban contra ellos desde hacía dos días no les habían reducido aún.

Se siguió disparando todo el día con esos 40 cañones sobre las trincheras; finalmente, a las 6 de la tarde, las dos barricadas de la calle Rochechouart fueron tomadas y poco después cayó la Huerta de Saint-Lazare.

En el bulevar del Temple, a las 10 de la mañana, la guardia móvil tomó varias casas desde donde los insurrectos disparaban sobre las filas de los asaltantes. Los “defensores del Orden” habían avanzado casi hasta el bulevar Filles-du-Calvaire. Mientras tanto, los insurrectos eran rechazados cada vez más lejos del faubourg del Temple; el canal Saint-Martin fue ocupado en algunos lugares; desde allí y desde el bulevar, la artillería machacó con fuerza las calles largas y rectas. El combate era de una violencia poco común. Los obreros sabían muy bien que les atacaban en el corazón de sus posiciones. Se defendieron con furia. Incluso llegaron a recuperar alguna de las barricadas de las que les habían desalojado. Pero tras una larga batalla fueron aplastados por la superioridad numérica y de armamento. Las barricadas cayeron una tras otra; cuando llegó la noche, no sólo se había tomado el faubourg del Temple, sino también el bulevar y el canal, el acceso al faubourg Saint-Antoine y varias barricadas de este faubourg.

En los alrededores del Hôtel de Ville, el general Duvivier progresaba lenta pero regularmente. Desde los *quais*<sup>17</sup> tomó por el flanco las barricadas de la calle Saint-Antoine, al mismo tiempo que cañoneaba la Île de Saint-Louis y la antigua Île Louviers con artillería pesada. Aquí también el combate se desarrolló con mucho ensañamiento; sin embargo desconocemos los detalles; sólo se sabe que el ayuntamiento del noveno distrito y las calles vecinas se tomaron a las cuatro, que las barricadas de la calle Saint-Antoine se tomaron al asalto una tras otra y que el puente Damiette, que da acceso a la Île de Saint-Louis, también fue tomado. Al caer la noche, los insurrectos habían sido rechazados de todas partes y todos los accesos a la plaza de la Bastilla estaban despejados.

De este modo, los insurrectos habían sido derrotados en todos los sectores de la ciudad, excepto en el faubourg Saint-Antoine. Era su posición más fuerte. Los numerosos accesos a este faubourg, el verdadero foco de todas las insurrecciones parisinas, estaban cubiertos con particular habilidad. Las barricadas al bies, que se flanqueaban mutuamente, reforzadas además por el fuego cruzado de las casas, ofrecían un terrible frente de ataque. Su asalto habría costado una infinita cantidad de vidas humanas.

Ante este baluarte acampaban los burgueses, o más bien sus lacayos. La guardia nacional no había hecho gran cosa aquel día. La infantería y la guardia móvil cargaron con la mayor parte de la tarea; la guardia nacional ocupaba los barrios tranquilos y ya conquistados.

Fueron la guardia republicana y la guardia móvil las que peor se portaron. La guardia republicana, tal y como había sido reorganizada y depurada, combatió encarnizadamente contra los obreros; en esta lucha se ganó sus espuelas como guardia municipal republicana.

La guardia móvil, reclutada en su mayor parte entre el proletariado andrajoso de París, en su corta existencia ya se ha transformado, gracias a una buena paga, en la guardia pretoriana de los actuales potentados. Este *lumpenproletariado* organizado ha librado su batalla contra el proletariado trabajador no organizado. Como era de esperar, se ha puesto a disposición de la burguesía, exactamente como los *lazzaroni* de Nápoles se pusieron a disposición de Fernando. Sólo algunas secciones de la guardia móvil compuestas de *auténticos* obreros cambiaron de bando.

Y es que todo lo que se trama en París parece despreciable cuando uno ve cómo se mima, alaba, recompensa y condecora a esta pandilla de bandidos; a estos antiguos mendigos, vagabundos, timadores, *gamins*<sup>18</sup> y pequeños rateros de la guardia móvil, que en marzo y en abril para cualquier burgués no eran sino bandas de bandidos capaces de todas las bajezas, canallas a los que no se podría soportar durante mucho tiempo; y es que estos “jóvenes héroes”, estos “golfos de París” de incomparable arrojo, que escalan barricadas con el mayor brío, con el mayor coraje, etc., estos inconscientes combatientes de las barricadas de febrero, disparan contra el proletariado trabajador con tanta inconsciencia como disparaban antes contra los soldados, ¡pues se han dejado sobornar y masacran a sus hermanos por treinta peniques al día! ¡Honra pues a estos vagabundos asalariados, que por treinta peniques al día han abatido a la mejor y más revolucionaria fracción de los obreros parisinos!

La valentía con la cual los obreros han combatido es verdaderamente extraordinaria. Entre treinta y cuarenta mil obreros en pie durante tres días frente a ochenta mil hombres del ejército regular y cien mil de la guardia nacional, contra la metralla, los obuses y los cohetes incendiarios, ¡contra la *noble* experiencia

---

<sup>17</sup> Muelles. También avenidas y paseos que bordean la costa o un río.

<sup>18</sup> Golfos, calaveras.



bélica de unos generales que no temen emplear los procedimientos usados en Argelia! Han sido aplastados y en gran parte masacrados. No se rendirán honores a sus muertos, como ocurrió con los muertos de julio y febrero; a ellos, a las víctimas de la primera y decisiva batalla campal del proletariado, la historia les asignó un papel completamente distinto.

(*Nueva Gaceta Renana* nº 29, 29 junio de 1848, pág. 1 y 2)

\*\*\*



*La barricada de la calle Soufflot, Horace Vernet.*

## LA REVOLUCIÓN DE JUNIO

K. MARX

Los obreros de París han sido *aplastados* por fuerzas superiores; no han *sucumbido*. Han sido *derrotados*, pero sus adversarios no han *vencido*. El precio pagado por el triunfo momentáneo de la fuerza bruta ha sido la aniquilación de todas las ilusiones y las quimeras de la revolución de febrero, la completa disolución del partido de los viejos republicanos, la completa escisión de la nación francesa en dos naciones, la nación de los propietarios y la nación de los trabajadores. En la república tricolor ya no luce más que *uno solo*, el color de los vencidos, el *color de la sangre*, se ha convertido en la *república roja*.

Junto al pueblo no se vio a ninguna de las autorizadas voces republicanas, ¡ni del *National* ni de *La Réforme*<sup>19</sup>! Sin otros jefes, sin otros medios que su propia indignación, han resistido a la burguesía y a la soldadesca coaligadas más tiempo del que nunca resistió ninguna dinastía francesa, provista de todo un aparato militar, ante una fracción de la burguesía coaligada con el pueblo. Para lograr que desapareciera la última ilusión del pueblo, para romper completamente con el pasado, también se necesitaba que los acostumbrados y poéticos auxiliares del motín francés, la entusiasta juventud burguesa, los alumnos de la Escuela Politécnica y los tricornos, se pusieran del lado de los opresores. Era necesario que los alumnos de la Facultad de Medicina negaran a los plebeyos heridos el auxilio de la ciencia. La ciencia no es para el plebeyo que ha cometido el indecible, el inexpresable crimen de jugárselo todo por su propia existencia y no por la de Luis-Felipe o el Sr. Marrast.

El último resto oficial de la revolución de febrero, el Comité Ejecutivo<sup>20</sup>, se ha disipado como la niebla ante la seriedad de los acontecimientos. Los fuegos artificiales de Lamartine se han transformado en los cohetes incendiarios de Cavaignac.

La *fraternité*, esa hermandad entre clases antagónicas, una de las cuales explota a la otra, esa fraternidad proclamada en febrero y escrita en mayúsculas en la frente de París, en cada cárcel y en cada cuartel, tiene como verdadera, auténtica y prosaica expresión la *guerra civil*; la guerra civil bajo su forma más espantosa, la guerra entre el trabajo y el capital. Esta fraternidad relucía ante todas las ventanas de París en la noche del 25 de junio, cuando el París de la burguesía se iluminaba, mientras el París del proletariado ardía, gemía y se desangraba hasta la extenuación.

La fraternidad duró mientras el interés de la burguesía estuvo hermanado con el del proletariado. Pedantes de las viejas tradiciones revolucionarias de 1793, doctrinarios socialistas que mendigaban para el pueblo ante la burguesía y a los que se les permitió que echaran largos sermones y se desprestigiaran mientras era necesario acunar el sueño del león proletario, republicanos que reclamaban todo el viejo orden burgués excepto la testa coronada, una oposición dinástica que por casualidad se encontró con la caída de la dinastía en lugar de un cambio de ministerio, legitimistas que no querían despojarse de su librea, sino solamente cambiar el corte: tales fueron los aliados con los que el pueblo llevó a cabo su febrero. Lo que éste odiaba instintivamente en Luis-Felipe, no era al propio Luis-Felipe, era el dominio coronado de una

---

<sup>19</sup> *Le National* era un periódico fundado en 1830 por Thiers, entre otros, y que defendía una monarquía constitucional. Tras la revolución de julio de 1830 apoyó a Luis-Felipe, para pasar a la oposición en 1832 y posteriormente al republicanismo, ya con Marrast como redactor-jefe. *La Réforme* era el periódico de Ledru-Rollin.

<sup>20</sup> El Comité Ejecutivo fue el gobierno de la república francesa creado en febrero de 1848 por la Asamblea Constituyente. Sobrevivió hasta el 24 de junio, fecha en que comienza la dictadura de Cavaignac.

clase, al capital más que al trono. Pero, magnánimo como siempre, creyó que había aniquilado a su enemigo tras vencer al enemigo de sus enemigos, al enemigo *común*.

La *revolución de febrero* fue la revolución *hermosa*, la revolución de las simpatías generales, porque las contradicciones (entre la burguesía y el pueblo) que estallaron contra la monarquía, aún no se habían desarrollado y permanecían latentes, unidas, una junto a otra, porque la lucha social que constituía el trasfondo de esta revolución sólo había cobrado una existencia etérea, puramente verbal. La *revolución de junio* es fea, es la revolución repelente, porque aquí la realidad ha pasado a ocupar el lugar de las palabras, porque la república ha descubierto el rostro del propio monstruo al arrancarle la corona que le protegía y le ocultaba.

*¡Orden!*, fue el grito de guerra de Guizot. *¡Orden!*, gritó Sebastiani, el guizotista, cuando Varsovia fue tomada por los rusos. *¡Orden!*, grita ahora Cavaignac, el brutal eco de la Asamblea Nacional francesa y de la burguesía republicana.

*¡Orden!*, tronaba su metralla, al desgarrar el cuerpo del proletariado.

Ninguna de las numerosas revoluciones de la burguesía francesa, desde 1789, había supuesto un atentado contra el *Orden*, pues todas dejaban en pie el dominio de clase, la esclavitud de los obreros, el *orden burgués*, por más que se cambiara frecuentemente la forma política de este dominio y de esta esclavitud. Pero junio atentó contra este *orden*. ¡Ay de junio!

Bajo el *gobierno provisional*, se imprimieron miles de carteles oficiales que decían que los obreros de buen corazón “pondrían tres míseros meses a disposición de la República”; por tanto era oportuno, es más, necesario, a la vez política y sentimentalmente, predicarles que la revolución de febrero se había hecho *por su propio interés* y que, en esta revolución, ante todo se trataba de los *intereses de los obreros*. Pero una vez reunida la Asamblea Nacional, todo se volvió más prosaico. Ya no se trataba de *devolver al trabajo sus antiguas condiciones*, como decía el ministro Trélat. Los obreros habían combatido en febrero, pues, para ser arrojados a una crisis industrial.

La tarea de la Asamblea Nacional consistía en hacer como que febrero no existió, al menos para los obreros, a los que había que devolver a su antigua situación. Y ni siquiera esto se logró realizar, pues una asamblea no puede, como tampoco puede un rey, decir a una crisis universal: *¡Alto ahí!* La Asamblea Nacional, en su celoso y brutal deseo de terminar con las irritantes fórmulas de febrero, ni siquiera tomó las medidas que aún le era posible tomar en el contexto del viejo orden. Los obreros parisinos entre 17 y 25 años fueron enrolados a la fuerza en el ejército o se les arrojó a la calle; a los de provincias se les envió de París a Sologne, sin ni siquiera darles con el salvoconducto algo de dinero para el viaje; a los parisinos adultos se les garantizó que no morirían de hambre mediante unos talleres organizados militarmente, a condición de que no participaran en ninguna reunión popular, es decir, a condición de que dejaran de ser republicanos. Después de febrero ya no bastaba con la retórica sentimental, y después del 15 de mayo<sup>21</sup>, tampoco era suficiente con una legislación brutal. Había que zanjar la cuestión en los hechos, en la práctica.

---

<sup>21</sup> El hecho de que no hubiera ningún socialista en el Comité Ejecutivo nombrado en febrero exasperaba a la minoría de izquierda de la Asamblea, así como su rechazo a crear un Ministerio del Trabajo. Este es el origen de los sucesos del 15 de mayo. En principio se había convocado una manifestación pacífica para entregar a la Asamblea una petición a favor de Polonia. Finalmente, se desconoce si gracias a la labor de provocadores, se termina ocupando la Asamblea y se intenta organizar un nuevo gobierno provisional. Lamartine y Ledru-Rollin logran restablecer el orden y evitar el derramamiento de sangre. Tras este suceso se inicia una represión más dura contra los militantes obreros (Barbès, Raspail, Blanqui y el obrero Albert son arrestados) y se cierra la Comisión de Luxemburgo.

¿Acaso habéis hecho, canallas, la revolución de febrero por *vosotros* o por *nosotros*? La burguesía planteó la cuestión de tal forma que tuvo que ser respondida en junio, con balas y barricadas.

Y no obstante, como dijo el 25 de junio un representante del pueblo, el estupor sacudió a toda la Asamblea Nacional. Se quedó aturdida mientras la pregunta y la respuesta se ahogaban en la sangre de las calles de París; unos se aturullaron porque sus ilusiones se evaporaban junto al humo de la pólvora, otros porque no entendían cómo el pueblo se había atrevido a hacerse cargo él mismo de sus *intereses más personales*. Para que este raro suceso pudiera entrar en sus cabezas, necesitaban echar mano del *dinero ruso*, el *dinero inglés*, el *águila bonapartista*, la *flor de lis* y todo tipo de amuletos. Pero las dos fracciones de la Asamblea notaban que un inmenso abismo separaba a ambas del pueblo. Y ninguna se atrevió a tomar partido por el pueblo.

Apenas pasado el estupor, estalló la furia, y con razón la mayoría pitaba a esos miserables utópicos y tartufos amantes de los anacronismos y que siempre tienen en la boca la gran palabra de la *fraternité*. Precisamente se trataba de suprimir esta palabra y las ilusiones que encierran sus múltiples sentidos. Cuando Larochejaquelein, el legitimista, ese soñador caballeresco, clamaba contra la infamia que consiste en gritar "*¡Vae victis! ¡Dolor a los vencidos!*", a la mayoría de la Asamblea le entraba el baile de San Vito como si le hubiera picado una tarántula. Grita: *¡Dolor!* a los obreros para disimular que la "vencida" en realidad es ella. O bien es la mayoría la que ahora debe desaparecer, o es la República. Por eso aúlla convulsivamente: ¡Viva la República!

El profundo abismo que se ha abierto a nuestros pies, ¿puede confundir a los demócratas, puede llevarnos a pensar que las *luchas* por la forma del Estado son luchas vacías, ilusas e inútiles?

Sólo los débiles y cobardes de espíritu pueden plantear semejante cuestión. Los conflictos que nacen de las condiciones de la propia sociedad burguesa hay que llevarlos hasta el final; no se pueden eliminar imaginariamente. La mejor forma de Estado es aquella en la que las contradicciones sociales no se disimulan ni se yugulan con la fuerza, es decir, artificialmente y por tanto sólo en apariencia. La mejor forma de gobierno es aquella en la que estas contradicciones luchan abiertamente y en este choque encuentran su solución.

Nos preguntaran si no vamos a derramar alguna lágrima, a suspirar o a decir algunas palabras por las víctimas del furor del pueblo, por la guardia nacional, la guardia móvil, la guardia republicana y las tropas de línea.

El Estado se hará cargo de sus viudas y sus huérfanos, redactará decretos para glorificarlos, solemnes cortejos fúnebres conducirán sus restos a su última morada, la prensa oficial les declarará inmortales, la reacción europea les rendirá homenajes a lo largo y ancho del globo.

En cuanto a los plebeyos, destrozados por el hambre, vilipendiados por la prensa, abandonados por los médicos, tratados de ladrones, incendiarios y galeotes por la "gente de bien", con sus mujeres e hijos arrojados a una miseria aún más extrema, con los mejores de sus supervivientes deportados a ultramar, es un *privilegio*, un *derecho para la prensa democrática*, trenzar unos laureles sobre su frente, tan cubierta de amenazas.

(*Nueva Gaceta Renana* nº 29, 29 de junio de 1848, pág. 1)

## LA REVOLUCIÓN DE JUNIO, EL DESARROLLO DE LA INSURRECCIÓN PARISINA

F. ENGELS

Poco a poco podemos ir haciéndonos una idea general de la revolución de junio; conforme los informes se van completando, podemos separar los hechos tanto de los rumores como de las mentiras, y el carácter de la revolución se percibe más claramente. Y cuanto mejor se sitúan en su contexto los acontecimientos de las cuatro jornadas de junio, más sorprenden las colosales dimensiones de la insurrección, el heroico coraje, la rapidez y la espontaneidad de la organización, la unidad de los insurrectos.

Según el plan de combate de los obreros atribuido a Kersausie, un amigo de Raspail y viejo oficial:

Los insurgentes marcharían en cuatro columnas sobre el Hôtel de Ville describiendo un movimiento concéntrico.

La primera columna, cuya base de operaciones era el faubourg Montmartre y los faubourgs de la Chapelle y La Villette, partió de las barreras de la Poissonnière, Rochechouart, Saint-Denis y La Villette en dirección sur, ocupó los bulevares y se acercó al Hôtel de Ville por las calles Montorgueil, Saint-Denis y Saint-Martin.

La segunda columna, cuya base era el faubourg del Temple y el de Saint-Antoine, habitados casi exclusivamente por obreros y protegidos por el canal de Saint-Martin, se dirigió hacia el mismo lugar por la calle del Temple, la calle Saint-Antoine y los muelles de la ribera derecha del Sena, así como por todas las calles paralelas de los barrios situados en ese perímetro.

La tercera columna, que partía del faubourg Saint-Marceau, avanzó por la calle Saint-Victor y los muelles de la orilla izquierda, hacia la Île de la Cité.

La cuarta columna, que se apoyaba en el faubourg Saint-Jacques y el barrio de la Escuela de Medicina, marchó también por la calle Saint-Jacques sobre la Cité. Desde allí, ambas columnas reunidas penetraron en la orilla derecha y encararon el Hôtel de Ville por detrás y por el flanco.

De esta forma, el plan se basaba, con razón, en los barrios exclusivamente obreros, que formaban un semi-círculo alrededor de la mitad este de París y se extienden a medida en que se avanza hacia el este. Lo primero era desembarazar el este de París de todos los enemigos y marchar luego sobre ambas orillas del Sena hacia el oeste y sus centros: las Tullerías y la Asamblea Nacional.

Las columnas debían apoyarse en un cierto número de unidades móviles que operaban por su propia iniciativa, junto y entre aquellas, levantando barricadas, ocupando callejuelas y asegurando las comunicaciones.

En caso de retirada, las bases de operaciones estaban fuertemente atrincheradas y se habían transformado conforme a las reglas del temible arte de la fortificación, como por ejemplo la Huerta de Saint-Lazare, el faubourg y el barrio de Saint-Antoine así como el faubourg Saint-Jacques.

Si el plan tenía algún error, era el de no contar con la mitad oeste de París en el inicio de las operaciones. Allí era donde se encontraban, a ambos lados de la calle Saint-Honoré, a los largo de Les Halles

y el Palacio Nacional, varios barrios completamente propicios para un motín, con calles estrechas y tortuosas, habitadas en su mayor parte por obreros. Era importante establecer allí el quinto foco de la insurrección, aislando así el Hôtel de Ville y haciendo que buena parte de las tropas tuvieran que ocuparse de este destacado bastión. La victoria de la insurrección dependía de la rapidez con la que se penetrara en el centro de París y se asegurara la conquista del Hôtel de Ville. No sabemos en qué medida le era imposible a Kersausie organizar la insurrección en este barrio. Pero es un hecho que jamás un levantamiento ha tenido éxito si no se apodera lo primero de este centro de París lindante con las Tullerías. Basta con recordar la sublevación que se produjo con ocasión de los obsequios al general Lamarque<sup>22</sup>: los insurrectos, como esta vez, penetraron hasta la calle Montorgueil, pero luego fueron rechazados.

Los insurrectos avanzaron conforme su plan. No tardaron en ponerse a delimitar su zona, el París obrero, del París burgués, principalmente mediante dos faenas: las barricadas de la puerta de Saint-Denis y las de la Cité. Fueron desalojados de las primeras pero conservaron las segundas. El primer día, el 23, fue un simple preludio. El plan de los insurrectos estaba claro así desde un inicio (la *Nueva Gaceta Renana* lo interpretó con exactitud, cf. nº 26, suplemento especial), sobre todo tras los primeros combates de los destacamentos de vanguardia durante la mañana. El bulevar Saint-Martin, que cortaba la línea de operaciones de la primera columna, fue escenario de violentos combates que terminaron, en parte a causa de la situación local, con una victoria del "Orden".

Los alrededores de la Cité los cortó por la derecha una unidad volante que se estableció en la calle Planché-Mibray, y por la izquierda la tercera y la cuarta columnas, que ocuparon y fortificaron los tres puentes sur de la Cité. Allí también se entabló un violento combate. El "Orden" logró apoderarse del puente Saint-Michel y avanzó hasta la calle Saint-Jacques. Se jactaba de que antes de que anoheciera ya habría aplastado el motín.

Si el plan de los obreros era claramente visible, el del "Orden" aún lo era más. De momento consistía en reprimir la insurrección con todos los medios. Y esta intención se la anunciaron a los insurrectos disparándoles balas de cañón y metralla.

Pero el gobierno pensaba que se las veía con una banda desorganizada de corrientes amotinados que no obedecían ningún plan. Tras despejar las principales arterias, declaró por la tarde que el motín había sido vencido, y con la mayor negligencia hizo que las tropas ocuparan los barrios conquistados.

Los insurrectos supieron aprovechar admirablemente esta negligencia para entablar, tras los combates de vanguardia del 23, la gran batalla. La rapidez con la que los obreros asimilaban el plan de operaciones, la perfecta coordinación de sus movimientos, la destreza con la que supieron desplegarse en un terreno tan complejo, son absolutamente prodigiosas. Y esto sería algo inexplicable si, en los talleres nacionales, los obreros no hubieran ya sido organizados cuasi-militarmente y separados por compañías, no teniendo más que trasladar al terreno de la actividad militar su organización industrial, formando rápidamente un ejército perfectamente preparado.

En la mañana del 24, no solo se recuperó completamente todo el terreno perdido, sino que se amplió. Es cierto que toda la línea de los bulevares hasta el bulevar del Temple permanecía ocupada por las tropas, y así la primera columna quedó aislada del centro; pero en cambio la segunda columna, saliendo del

---

<sup>22</sup> El funeral del general Lamarque (5 de junio de 1832), famoso por su oposición a la monarquía de julio, fue aprovechado por los republicanos para celebrar una manifestación pacífica que derivó en enfrentamientos, barricadas y finalmente en una masacre. Los choques duraron hasta el día 6.

barrio de Saint-Antoine, avanzó hasta prácticamente sitiar el Hôtel de Ville. Estableció su cuartel general en la iglesia de Saint-Gervais, a 300 pasos del Hôtel de Ville, tomó el claustro de Saint-Merri y las calles aledañas; dejó bastante atrás el Hôtel de Ville y, en contacto con las columnas de la Cité, lo aisló casi totalmente. Sólo quedaba un acceso abierto, los paseos de la orilla derecha. Al sur, el faubourg Saint-Jacques se reocupó por completo, se restablecieron las comunicaciones con la Cité, ésta se reforzó y se preparó el paso hacia la ribera derecha.

Ciertamente, no había tiempo que perder; el Hôtel de Ville, el centro revolucionario de París, estaba amenazado y caería indefectiblemente si no se tomaban medidas decisivas.

(*Nueva Gaceta Renana* nº 31, 1 julio de 1848, pág. 3)

\*\*\*

Aterrorizada, la Asamblea Nacional nombró dictador a Cavaignac, y éste, acostumbrado a intervenir “con energía” en Argelia, sabía lo que había que hacer.

No tardó en mandar 10 batallones, que marcharon sobre el Hôtel de Ville a lo largo del *quai* de l’Ecole. Aislaron a los insurrectos de la Cité de los de la orilla derecha, aseguraron el Hôtel de Ville, lo que les permitió también atacar las barricadas que lo rodeaban.

Limpiaron la calle Planche-Mibray y su prolongación en la calle Saint-Martin, que se mantuvieron libres gracias al continuo paso de la caballería. El puente de Notre-Dame, situado frente a la Cité y que conduce a ella, fue barrido por la artillería pesada; fue entonces cuando Cavaignac arremetió directamente sobre la Cité, dirigiendo allí sus operaciones “con energía”. El puesto principal de los insurrectos, la Belle Jardinière, fue destruido por balas de cañón y luego incendiado por los cohetes; la calle de la Cité también fue conquistada a cañonazos; tres puentes que llevaban a la orilla izquierda se tomaron al asalto, y los insurrectos de esta ribera fueron resueltamente rechazados. Mientras tanto, los 14 batallones estacionados sobre la plaza de Grève y los *quais* y liberaban un Hôtel de Ville ya asediado, y la iglesia de Saint-Gervais, cuartel general de los insurrectos, se vio reducida a no ser ya más que un puesto aislado.

La calle Saint-Jacques no sólo fue atacada desde la Cité por la artillería, sino tomada por el flanco desde la orilla izquierda. El general Damesme, situado en Luxemburgo, marchó sobre la Sorbona, se apoderó del barrio Latino y lanzó a sus columnas sobre el Panteón. La plaza del Panteón se había transformado en una temible fortaleza. La calle Saint-Jacques se tomó después de que el “Orden” chocará durante mucho tiempo con una muralla infranqueable. Cañones y ataques con bayoneta habían sido inútiles, cuando finalmente el cansancio, la falta de munición y la amenaza proferida por los burgueses de prender fuego, obligaron a los 1.500 obreros rodeados por todas partes a rendirse. En ese mismo momento, la plaza Maubert, tras una larga y valiente resistencia, cayó en manos del “orden”, y los insurrectos, expulsados de sus más sólidas posiciones, se vieron obligados a abandonar toda la orilla izquierda.

Entre tanto, las posiciones de las tropas y de la guardia nacional en los bulevares de la orilla derecha del Sena también se aprovecharon para actuar en ambas direcciones. Lamorcière, que estaba al mando allí, hizo que barrieran la calle del faubourg Saint-Denis y la calle del faubourg Saint-Martin, el bulevar del Temple y la mitad de la calle del Temple, mediante la artillería pesada y los rápidos ataques de la tropa. Pudo jactarse de haber obtenido brillantes éxitos durante la tarde: había aislado a la primera columna en la Huerta de Saint-Lazare y la había medio rodeado; había hecho retroceder a la segunda y, avanzando por los bulevares, había clavado una cuña en sus filas.

¿Cómo logró Cavaignac esta ventaja?

Primero, gracias a la formidable superioridad numérica de las tropas de las que pudo disponer contra los insurrectos. El 24 tenía a su disposición, no sólo los 20.000 hombres de la guarnición de París, los 20 o 25.000 hombres de la guardia móvil más los 60 u 80.000 disponibles de la guardia nacional, sino también a la guardia nacional de los alrededores de París, la de varias ciudades más alejadas (de 20 a 30.000 hombres), y más de 20 o 30.000 tropas llamadas precipitadamente de las guarniciones vecinas. La mañana del 24 podía contar con más de 100.000 hombres; por la tarde el número había aumentado la mitad. ¡Y los insurrectos como mucho eran 40 o 50.000!

Segundo, gracias a la brutalidad de los medios empleados. Hasta entonces sólo se había disparado una vez con cañón en las calles de París, en el Vendimiario de 1795<sup>23</sup>, cuando Napoleón dispersó con metralla a los insurrectos de la calle Saint-Honoré. Pero contra las barricadas, contra las casas, nunca hasta el momento se había empleado la artillería, y aún menos los obuses y los cohetes incendiarios. El pueblo no estaba preparado para este tipo de combate; no estaba armado para responder, y la única respuesta posible, el incendio, repugnaba a sus nobles sentimientos. Hasta entonces el pueblo no suponía que se pudiera dirigir la guerra en pleno París como se hacía en Argelia. Por eso refuló, y este primer retroceso decidió su derrota.

El 25 Cavaignac progresó con unas fuerzas mucho más imponentes aún. Las posiciones de los insurrectos se habían reducido a tan solo un barrio, el faubourg Saint-Antoine y el faubourg del Temple; tenían además otros dos puestos avanzados, la Huerta de Saint-Lazare y una parte del barrio de Saint-Antoine, hasta el puente Damiette.

Cavaignac, que había recibido nuevos refuerzos, entre 20 y 30.000 hombres e importantes parques de artillería, atacó primero los puestos aislados, sobre todo la Huerta de Saint-Lazare. Los insurrectos se habían fortificado como en una ciudadela. Tras un bombardeo y un cañoneo de doce horas, Lamorcière finalmente logró echarles de sus posiciones y ocupó la Huerta; sin embargo sólo lo logró tras un ataque por el flanco partiendo de las calles Rochechouart y Poissonière y después de que el primer día 40 baterías hubieran bombardeado las barricadas, y el segundo día un número de cañones aún mayor.

Una parte de su columna penetró por el faubourg Saint-Martin en el faubourg del Temple, pero no logró grandes resultados; otra tercera parte descendió por los bulevares en dirección a la Bastilla, pero tampoco fue muy lejos, pues allí había una serie de barricadas, las más temibles, que sólo cedieron tras resistir durante mucho tiempo un violento cañoneo. Los edificios sufrieron una terrible destrucción.

La columna de Duvivier, que atacó partiendo del Hôtel de Ville, rechazó a los insurrectos cada vez más lejos, bajo un fuego graneado de artillería. La iglesia de Saint-Gervais fue tomada, la calle Saint-Antoine se limpió a un radio de distancia considerable del Hôtel de Ville, y el puente Damiette lo tomaron varias columnas que avanzaban a lo largo de los muelles y de las calles paralelas; gracias a este puente los insurrectos del barrio Saint-Antoine podían apoyar a los de la île de Saint-Louis y de la Cité. Una vez tomado el barrio de Saint-Antoine por el flanco, a los insurrectos ya no les quedaba más que retirarse por el faubourg, retirada que llevaron a cabo librando violentos combates contra una columna que, avanzando por los *quais* hasta la entrada al canal de Saint-Martin, continuó luego a lo largo del canal por el bulevar

---

<sup>23</sup> El 12 y 13 Vendimiario de 1795 Napoleón fue el encargado de aplastar un motín realista dirigido contra la Convención.



Bourdon. Algunos insurrectos que se quedaron aislados fueron masacrados, sólo unos pocos fueron hechos prisioneros.

Esta operación permitió tomar el barrio de Saint-Antoine y la plaza de la Bastilla. Por la tarde, la columna de Lamorcière logró apoderarse de todo el bulevar Beaumarchais y se unió en la plaza de la Bastilla con las tropas de Duvivier.

La conquista del puente Damiette permitió a Duvivier desalojar a los insurrectos de la île de Saint-Louis y de la antigua île de Louviers. Lo hizo con un notable despliegue de barbarie argelina. En pocos barrios la artillería pesada causó tantos estragos como en la île Saint-Louis. Pero, ¿qué importaba? Los insurrectos eran dispersados o masacrados y el "Orden" triunfaba en medio de ruinas ensangrentadas.

En la orilla izquierda del Sena, aún había que liberar un puesto. El puente de Austerlitz que, situado al este del canal Saint-Martin, une el faubourg Saint-Antoine con la ribera izquierda del Sena, estaba fuertemente parapetado y constituía una buena cabeza de puente sobre la orilla izquierda, en el lugar donde desemboca la plaza Valhubert, ante el Jardín des Plantes. Esta cabeza de puente, la última trinchera de los insurrectos en la orilla izquierda tras la caída del Panteón y la plaza Maubert, se tomó tras una defensa encarnizada.

En vísperas del día 26, a los insurrectos no les quedaba pues más que su última fortaleza, el faubourg Saint-Antoine y una parte del faubourg del Temple. Estos faubourgs no son demasiado propicios para el combate callejero; tienen calles bastante largas y casi rectilíneas que dejan vía libre a la artillería. En el oeste, están perfectamente protegidos por el canal Saint-Martin, pero en el norte, en cambio, están al descubierto. Desde allí, cinco o seis largas y rectas calles descienden hasta el centro del faubourg Saint-Antoine.

Las fortificaciones principales estaban en los alrededores de la plaza de la Bastilla y en la calle más importante de todo el barrio, la calle del faubourg Saint-Antoine. Barricadas notablemente fortificadas se habían levantado allí, en parte mamposteadas con gruesos adoquines rectangulares y en parte aseguradas con vigas. Formaban un ángulo orientado hacia el interior, por un lado para disminuir los efectos de las balas de cañón y por otra para ofrecer un mayor frente de defensa que permitiera abrir un fuego cruzado. Los insurrectos habían horadado los tabiques de las casas, uniéndolas de ese modo entre sí en toda una hilera, de manera que podían, según las necesidades, abrir fuego de guerrilla sobre las tropas o retirarse tras las barricadas. Los puentes y los paseos del canal, así como las calles paralelas, también estaban fuertemente atrincheradas. En resumen, los dos faubourgs aún ocupados parecían una verdadera fortaleza en la que las tropas deberían librar un sangriento combate por ganar cada palmo de terreno.

La mañana del 26 debía reiniciarse la lucha. Pero Cavaignac no tenía muchas ganas de lanzar a sus tropas a esta maraña de barricadas. Amenazó con bombardearlas. Mientras, Cavaignac hizo que se minaran las casas más próximas, lo que evidentemente no pudo hacerse más que en débil medida, dado el poco tiempo disponible y que una de las líneas de ataque la protegía el canal; también hizo que se comunicaran las casas ya ocupadas con las contiguas, abriendo agujeros en los tabiques.

Las negociaciones se rompieron; la lucha se reinició. Cavaignac ordenó al general Perrot que atacara desde el faubourg del Temple y al general Lamorcière que lo hiciera desde la plaza de la Bastilla. Desde ambos puntos se bombardeó con fuerza las barricadas. Perrot avanzó bastante rápido, tomó el resto del faubourg del Temple y en algunas zonas llegó hasta en faubourg Saint-Antoine. Lamorcière progresaba más lentamente. Las primeras barricadas resistieron a sus cañones, aunque las primeras casas fueron incendiadas

por sus obuses. Se parlamentó de nuevo. Mirando la hora, Lamorcière esperaba el momento en el que poder disfrutar destruyendo de cabo a rabo el barrio más poblado de París. Entonces, finalmente una parte de los obreros acabó capitulando mientras que la otra, atacada por los flancos, abandonó la ciudad tras un breve combate.

Así acabaron las barricadas de junio. Fuera de la ciudad también hubo combates de guerrillas, pero carecieron de importancia. Los insurrectos en fuga se dispersaron por los alrededores de París para ser luego capturados uno por uno por la caballería.

Hemos hecho esta descripción puramente militar del combate para mostrar a nuestros lectores con qué heroica valentía, con qué unidad, con qué disciplina y habilidad militar combatieron los obreros de París. Cuarenta mil de ellos combatieron durante cuatro días contra fuerzas cuatro veces superiores y poco faltó para que vencieran: pusieron un pie en el centro de París, se apoderaron del Hôtel de Ville, instituyeron un gobierno provisional y doblaron su número no sólo gracias a los hombres de los barrios conquistados, sino también con los guardias móviles a los que sólo les hacía falta un empujón para cambiar de bando.

Los diarios alemanes afirman que ésta ha sido una batalla decisiva entre la república roja y la república tricolor, entre obreros y burgueses. Nosotros estamos convencidos de que esta batalla no decidió nada, aparte de la descomposición interna de los vencedores. Además, el desarrollo de los acontecimientos ha demostrado los obreros que, si quieren vencer, tienen que hacerlo en un plazo absolutamente breve, incluso considerando la cuestión desde el punto de vista estrictamente militar. Si 40.000 obreros parisinos han podido llevar a cabo una acción tan potente contra unas fuerzas cuatro veces superiores, ¡qué no logrará hacer el conjunto de obreros parisinos, actuando con unidad y cohesión!

Kersausie ha caído prisionero y, a estas horas, sin duda ya habrá sido fusilado. Los burgueses pueden fusilarle, pero no pueden quitarle la gloria de *haber sido el primero en organizar el combate callejero*. Pueden fusilarle, pero ningún poder en el mundo impedirá que en un futuro todos los combates callejeros empleen sus innovaciones. Pueden fusilarle, pero no impedirán que pase a la historia como *el primer gran capitán de las barricadas*.

(*Nueva Gaceta Renana* nº 32, 2 julio de 1848, pág. 2 y 3)

